CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

6 rs.

MADRID:

RIOS, Calle de Carretas.

CUESTA, Calle Mayor.

V. 14 n. 7

MARÍA Y FELIPE,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

B. et

D. Baltasar Arduaga y Espinosa.

N.° 36.

MADRID, 1849. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.

Calle de Cervantes, N.° 34.

860.82
S926
v.14 n7

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de* 1849

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este; segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán camhiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

PERSONAJES.	ACTORES.
FELIPE, *soldado licenciado de la Guardia Real.* . .	Don Manuel Catalina.
MANUEL, *soldado del regimiento de la Princesa.* .	Don Enrique Lopez.
MARIA, *su hermana y madre de.*	Doña Juana Samaniego.
ADELA, *niña de seis años.*	
GERVASIO, *escribano del pueblo.*	Don Jose Cortes.
GERTRUDIS, *criada de María.*	Doña Maria Bardan.
COLAS. . . . . ANTON.	*Mozos del campo.*

La propiedad de esta comedia pertenece al CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria; sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una casa pobre: gran ventana y puerta de entrada al foro; otras dos laterales: la de la derecha comunica con el interior de la casa, la de la izquierda es la del cuarto de Manuel.

En el fondo un pie de madera con cântaros y al lado una alacena con platos, vasos, etc. A la derecha, en primer término, mesa con recado de escribir y un canastillo de labor; al lado un sillon de baqueta. Sillas y bancos de madera.

ESCENA I.

MARÍA. GERTRUDIS. ADELA, *despues* GERVASIO. *Aparece* MARÍA *sentada teniendo á* ADELA *dormida en sus brazos*

GERT. Vamos, despache usted, si viene gente y ven á la niña .. (*Queriendo coger á Adela.*)

MAR. Déjame aun otro instante contemplar su rostro hechicero, su angelical sonrisa; son tan pocos los momen-

tos que disfruto el placer de estrecharla á mi corazon, que no me canso de mirarla!

GERT. Pues! y la abuela imposibilitada de moverse necesitará de mí, mientras usted me detiene...

MAR. Tienes razon, soy muy culpable. Adela, hija mia!

ADELA. Ah! Mamá!! (*Dispertando sobresaltada y abrazándose á María, Gervasio se asoma á la puerta y llama á Gertrudis.*)

GERT. (*Señalando á Adela.*) Esa es su hija.

GERV. Bien, déjanos solos.

GERT. No haga usted uso de mi secreto hasta el último apuro, y sobre todo cuidado con descubrirme.

GERV. Gertrudis, tu secreto es ya mio, porque le he comprado. Toma, ahí tienes el precio... (*Dándola un bolsillo con dinero.*)

GERT. Sin embargo... (*Continua hablando en voz baja.*)

MAR. Pobre angel mio! Tan niña y padece ya por mí! Dios mio ten piedad de ella, y caiga sobre mi sola tu castigo, si seis años de dolor y espiacion no son bastantes á mitigar tu rigor.

ADELA. Qué tienes mamá?

MAR. Nada hija mia, nada, es preciso que te vayas.

ADELA. Tan pronto!

MAR. Sí, porque pueden vernos. Gertrudis?

GERV. Ya vuelve, silencio. Llévate á esa chiquilla. (*Se oculta.*)

GERT. (*Dirigiéndose á María.*) Acabará usted de llorar? Si no hubiera traido á Adela ..

MAR. No: ya estoy tranquila. Llévatela: adios, hija mia.

ADELA. Me quieres mucho. Es verdad?

MAR. Eres mi amor, mi embeleso! Ven á mis brazos, adios! Ahora marchad. (*Vánse Adela y Gertrudis por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

MARIA. GERVASIO. *Despues de despedirse* MARIA *de su hija, va á dirigirse hácia la habitacion de su abuela, cuando ve á Gervasio y se queda parada.*

MAR. (*Sobresaltada.*) Ah!! Señor Gervasio, es usted?

GERV. (*Con un tono de sarcasmo que sostendrá toda la escena segun lo indica el diálogo.*) Yo soy: si acaso te incomoda mi presencia...

MAR. No... no es eso... sino que...
GERV. No creias tener tan cerca un testigo?
MAR. No ciertamente; porque á la verdad...
GERV. Confia en mí, María; aun cuando haya oido cosas de que tal vez no te será grato que esté enterado, yo sé guardar un secreto; y conforme lo he reservado hasta el dia, en lo sucesivo...
MAR. Cómo! Sabrá usted acaso?....
GERV. Que Adela es hija tuya y de don Mauricio? Sí, ya hace bastante tiempo.
MAR. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) Dios mio! otro testigo mas de mi vergüenza! Cómo he de alzar la vista delante de usted?
GERV. Y por qué no? Lejos de avergonzarte en mi presencia debes acostumbrarte á ver en mi un verdadero amigo, que te servirá de apoyo, ahora que tal vez le necesitarás.
MAR. Tiene usted razon. Es preciso que la débil yedra busque un olmo á que enlazarse para que la guarezca de los embates de la tempestad. Y quien mejor que usted, señor Gervasio, puede prestarme este apoyo? Amigo de mi padre, testigo de mis juegos infantiles, me ha visto llegar progresivamente al estado en que me encuentro. Privada casi desde la cuna de las caricias de una madre; habiéndome arrebatado la muerte un padre que adoraba; y llamado la patria en su defensa al compañero de mi niñez, á mi hermano, cuando mas necesitaba su proteccion y consejos, me he visto abandonada al cuidado de una anciana decrépita, que mas bien necesita el mio, y sin cuya compañía muy pronto tal vez me encontraré. Voy á quedar sola en el mundo.... Sola con mi dolor y mis remordimientos.
GERV. No será así, María: en mi tendrás todo lo que has perdido. Todo, hasta el hombre que con tanta crueldad te abandonó.
MAR. Y á que mezclar su odiado nombre con el de personas tan queridas? A qué recordar momentos de estravío, que por desgracia tengo demasiado presentes? Solo me liga á él un vínculo. Mi hija. Si no fuera por esta; sino la debiera una raparacion de la infamia que la he legado al nacer, maldeciria su nombre, y le recordaria solamente para detestarle. Porque yo no le amaba, señor Gervasio, y él abusó de mi debilidad.
GERV. Tanto le odias?

MAR. No, mi corazon es incapaz de odiar; y ahora, si llegase á mis pies arrepentido, si quisiera reparar su yerro adoptando su hija, yo... le perdonaria.

GERV. No pienses en eso, don Mauricio hace cinco años que te abandonó y jamás volverá. Debes olvidarle del todo y perder la esperanza de verle.

MAR. Ah! cuan cruel porvenir espera á la infeliz Adela!

GERV. Y por qué no tratas de buscarla un protector?

MAR. Que hombre honrado se ha de atrever á unir su suerte á la mia? A fiar su honor á la que no ha sabido conservar el suyo ileso?

GERV. No sabes que únicamente son depositarias de tu secreto tres personas á cual mas interesadas en tu felicidad? Crees por ventura que no sabremos guardarle?

MAR. Cómo, me aconseja usted que una la falsedad á la infamia y la deshonra que me cubre? que borre con nuevas faltas las impresiones de la primera? y que me entregue en brazos de un hombre, cual vírgen pura y sin tacha, cuando mi frente está mancillada con el sello de la vergüenza y el oprobio? no, no, jamás.

GERV. Esos son bellísimos sentimientos, María. Pero, y tu hija?

MAR. Mi hija sabrá algun dia, que si su madre fué bastante débil para sucumbir inesperta á una artera seduccion, tuvo tambien valor suficiente para renunciar á la felicidad por conservarse solo para ella.

GERV. Pero crees que Adela no hallará proteccion si no en el hombre que te llame su esposa? María, no puede haber quien sin darte ese título, sea bastante despreocupado para hacer tu felicidad y la suya?

MAR. Dios mio! sería usted tan generoso que quisiera tomar bajo su proteccion á la que todo el mundo abandona?

GERV. Sí, María, ese es mi deseo mas vehemente, y para llevarlo á cabo, nada escasearé por mi parte. Todo cuanto anheles y pueda contribuir á hacerte apreciable la vida, á mitigar sus sinsabores, todo lo tendrás de mí.

MAR. (*Arrodillándose.*) Ah! señor! dejad que bese vuestras plantas y las bañe con lágrimas de gratitud. Amigo de mi padre, el cielo premie vuestra bondad y sea testigo del juramento que hago de darle á usted de hoy mas en mi pecho el lugar que él ocupaba.

GERV. (*Levantándola.*) No es del cielo de quien pretendo

lograr un galardon, que no le pido, ni reclamo de tí tampoco la ternura de una hija; no: otro cariño mas vehemente, otro nombre mas dulce es lo que anhela mi corazon.

MAR. Y cual otro mejor puede usted esperar de la infeliz huérfana?

GERV. (*Con fuego.*) Cuál otro dices muger encantadora? (*Tomándola la mano*) Pues qué, no has conocido lo que pasa por mí cuando estoy en tu presencia? No has comprendido que mi corazon?... O crees que bajo estas canas no pueden ocultarse otros sentimientos que los de padre y amigo?

MAR. (*Separándose de él*) No le entiendo á usted, señor Cervasio. Qué me quiere usted decir?

GERV. (*Siguiéndola*) Y tu me lo preguntas? Maria, yo te amo con todo el delirio de una pasion que no puedo dominar, te amo con todo el ardor juvenil...

MAR. Anciano, soy la hija del capitan Bazan, que fue vuestro amigo!

GERV. (*Siguiéndola*) Si, he sido el amigo de tu padre y por eso quiero proteger á su hija, por eso debes mirarme sin horror. No puedo ofrecerte mi mano porque me esclavizan otros lazos, que detesto; pero en cambio tendrás en mí un amante, que te indemnizará de la falta del esposo que nunca podrás hallar. Felices con nuestro cariño, miraremos con desprecio al mundo, que te condena, y todo será placer y ventura en nuestro rededor. (*Arrodillado y cogiéndola las manos*)

MAR. Aparte usted, hombre de maldicion, aléjese usted de mi vista Vuestro aliento emponzoña la atmósfera que respiro. Nada es igual á el horror que en este momento me inspira usted.

GERV. (*Levantándose con aire amenazador.*) Maria!!!

ESCENA III.

Los mismos, GERTRUDIS.

MARIA *cae sentada en el sillon demostrando su abatimiento.*

GERT. Señor Gervasio, señor Gervasio, la enferma está espirando. (*En voz baja.*) Apresúrese usted porque creo que la quedan pocos instantes de vida.

GERV. (*A Gertrudis.*) Bien: están ya los testigos?

GERT. Sí señor. (*Se retira al fondo.*)

GERV. (*Dirigiéndose hacia Maria.*) Voy á cumplir al lado de tu abuela moribunda los deberes de mi ministerio; piensa bien en lo que te he dicho, y reflexiona antes de darme una respuesta, que va á decidir de tu suerte y la de tu hija.

MAR. (*Levantándose.*) Jamás, jamás. (*Entra en la alcoba.*)

ESCENA IV.

GERTRUDIS, GERVASIO.

GERT. Por qué la ha dejado usted entrar?

GERV. No importa: con eso sentirá mas lo que va á perder.

GERT. Ha descubierto usted el secreto?

GERV. Sí; pero inutilmente.

GERT. Ya se dará á partido, y mas si su abuela muere, porque entonces.....

GERV. Cuida ahora de traer á su hija por si llega el caso de que fallezca la vieja.

GERT. Qué piensa usted hacer?

GERV. Ya lo sabrás. Voy adentro y haré salir á María; procura entretenerla mientras dura el acto de estender el testamento de su abuela.

GERT. Pero....

GERV. Nada de réplicas importunas; yo pago para que me obedezcas y no para que me aconsejes. (*Entra en la alcoba.*)

GERT. Ay, virjen bendita de los Dolores! Qué irá á hacer este mal hombre? Bien sabe Dios que si le hubiera conocido mejor antes....

ESCENA V.

MARIA, GERTRUDIS. MARIA *sale enjugándose las lágrimas.*

MAR. Todos conspiran contra mí! ni aun me dejan aliviar los últimos momentos de mi pobre madre. Dios mio! Dios mio! hay mas desgracias, mas penas para esta infeliz? (*Pausa.*)
(*Se oye ruido á lo lejos, que progresivamente se va acercando hasta que ya se oiga decir, pobrecillo!! etc. Gertrudis se asoma á la ventana.*)
DENTRO UNA VOZ. } Pobrecillo!!
OTRA. Está muerto.
COLAS. Señora Maria! Señora Maria!
MAR. (*Volviendose azorada.*) Quién me llama?
GERT. Son Colás y Anton, los mozos de la labranza, que traen un soldado todo lleno de sangre y sin sentido.
MAR. (*Asomándose á la ventana.*) Entradle, entradle.

ESCENA VI.

Las mismas, FELIPE, COLÁS, ANTON *y gente que quedará á la entrada.* COLÁS *y* ANTON *traen á* FELIPE *desmayado; aquel dejará en la mesa el baston y la gorra de este, que tendrá la cabeza envuelta en un pañuelo y la manga del brazo derecho con cintas.*

MAR. (*Dirijiéndose á ellos.*) Colocadle ahi con cuidado; (*Señalando al sillon.*) (*Se acerca á Felipe y le pone la mano sobre el pecho*) Infeliz!... Aun respira. Gertrudis, trae un vaso de agua. (*Gertrudis trae el agua y rocía el rostro de Felipe.* Dónde le habeis hallado?
COLAS. Ahi bajo en la hondonada; estaba sin sentido y...
ANTON. (*Interrumpiéndole.*) Se conoce que el probe no pudo pasar...

COLAS. Y nusotros le cogimos y le trugimos aquí...
ANTON. Porque como es usted tan güena...
MAR. Habeis hecho bien, amigos, el cielo premiará vuestra caridad.
GERT. Ya vuelve en si... (*Todos se acercan,*)
FEL. (*Abriendo los ojos y mirando al rededor.*) Ah! donde estoy?
MAR. En compañia de personas que desean poder aliviar á usted.
FEL. (*Vuelve á mirar y se lleva la mano á la frente.*) Dios mio, tanta gente... Yo me ahogo.
MAR. (*Haciendo señas para que se vayan.*) Id, amigos... Gertrudis, dales para beber y avisa á el facultativo para que salga.
COLAS. (*Haciendo cortesias.*) Muchas gracias, Señora María (*Se van todos por la puerta del foro, Gertrudis reparte algunas monedas y despues se entra en la alcoba.*)

ESCENA VII.

MARIA. FELIPE.

MAR. Descanse usted ya. no hay quien incomode. Está usted mejor?
FEL. Tengo sed (*María vá á los cántaros y llena un cuenco de agua dándosela á Felipe, que beberá con ansia sin apartar la vista de María.*)
MAR. Bebed, bebed.
FEL. El cielo premie tanta bondad. Como me abrasa la frente !!
MAR. (*Arreglándole el pañuelo de la cabeza.*) Asi estará usted mejor hasta que le pueda ver el cirujano, que está ahora con mi abuelita.
FEL. Es usted un ángel. (*Quiere levantarse y no puede.*)
MAR. (*Acercándose con interés*) Se ha lastimado usted mucho?
FEL. No tanto como hubieran querido los que asi me han puesto.
MAR. Le han robado á usted?
FEL. No han sido ladrones, señora; un soldado no despierta la codicia de los bandidos.
MAR. Pues quién?

FEL. Quiénes pueden haber cometido tal atentado con un soldado herido é indefenso, sino esos hombres que existen para baldon y oprobio de la humanidad?

MAR. Los facciosos! Y cómo le han dejado á usted con vida?

FEL. Dice usted bien, señora, porque ellos no perdonan jamás; pero han tenido miedo hasta de este brazo inutilizado, que sin embargo manejaba con brio ese nudoso baston, que era mi única defensa contra los tres asesinos. Los infames huyeron cobardemente al ver caer uno de ellos y oir gente, despues de haberme herido á traicion en la cabeza.

MAR. Y luego?

FEL. Luego me dirijí hácia este pueblo para implorar socorro y hospitalidad; pero ya no pude mas. Un velo de sangre ofuscó mi vista haciéndome caer exánime sobre la fria tierra, donde indudablemente hubiera perecido á no ser por el socorro de esos hombres compasivos, que me han conducido aqui....

MAR. (*Interrumpiéndole.*) Donde se le prodigarán á usted todos los cuidados que exige su situacion.

FEL. (*Levantándose con fuego*) Cuidados!! Armas hubiera querido para escarmentar á esos infames, que han tenido la vileza de acometer reunidos á un solo hombre herido é indefenso

MAR. (*Conteniéndole.*) Sosiéguese usted por Dios: las heridas se empeorarán si usted no se contiene. (*Le hace sentar.*)

FEL. Perdone usted: habia olvidado donde estaba: y sin embargo, en nada aprecio la vida.

MAR. No piensa usted en su familia?

FEL. A nadie tengo en el mundo. Padre, familia, amante, amigos, todos, todos me han abandonado ya.

MAR Y no le liga á usted á la existencia la esperanza de ser feliz?..

FEL. No: para mi no hay porvenir venturoso: mi felicidad existe solo en el sepulcro.

MAR. La calentura le hace á usted delirar.

FEL. (*Con amargura.*) Por desgracia no hay mas que una triste realidad en lo que digo

MAR. Quiere usted descansar un rato?

FEL. Apenas me incomoda la herida. Vuestra vista alivia mi padecer. Cómo se llama usted?

MAR. Maria Bazán, hija del capitan don Marcelo, muerto en el campo del honor.

FER. Es usted la hija de un valiente? Ya me lo habia predicho mi corazon.

MAR. Mi hermano tambien está sirviendo en el ejército de la Reina. (*Conmovida.*) Tal vez en este instante reclamará en vano, si aun vive, el auxilio de una persona compasiva que tambien cure sus heridas.

FEL. Qué diantre! Acaso no está usted siendo conmigo generosa? El cielo no puede menos de atender en premio á vuestro hermano. Ademas de que seguramente no se acordará él de tal cosa, sino de batirse como un leon y cubrirse de laureles. Así, Maria, deshe-che usted esos pensamientos tan tristes.

MAR. Pero usted se exalta y la cabeza lo pagará despues. Voy á llamar á Gertrudis. Despues me esplicará....

FEL. No, no, escúcheme usted. Rico de esperanzas, pero pobre de bienes de fortuna, pasaba yo mi vida feliz en medio de mi familia, que era una de las menos acomodadas de Gandesa. Ya estaba próximo á unirme a la muger de mi eleccion, cuando la desgracia hizo que me tocase la suerte de soldado. Marché, pues, bien seguro de la constancia y fidelidad de la que amaba. Hubiera podido esquivarme de llegar á ese estremo admitiendo el sacrificio que mi padre queria hacer por librarme; pero no estaba en mis sentimientos el labrar mi felicidad á costa de la ruina de mi familia, y mucho menos cuando mi brazo era reclamado por la patria. Derramando gloriosamente por ella mi sangre, conseguí granjearme un nombre entre sus bravos defensores. Jamás quise recibir ascenso ni recompensa alguna de su parte. Estas nobles enseñas que cubren mi pecho ganadas entre las bayonetas enemigas en Arlaban, Bilbao y Mendigorria, han sido el único galardon de mi valor. Ni cómo habia de ambicionar aquellos premios, cuando mi solo anhelo era concluir el tiempo de mi empeño para descansar de mis fatigas en brazos de la que amaba y cuya fé tenia prometida! Este dia tan deseado llegó por fin. Llorado por mis compañeros y apreciado de mis gefes, tomé mi licencia y me dirigí á donde esperaba hallar todo lo que me era querido en el mundo. Pero el de allá arriba lo habia dispuesto de otro modo. (*Conmovido y limpiándose las lágrimas con la manga.*) Mi padre habia muerto como un héroe defendiendo sus hogares contra la faccion.. Mi madre le habia seguido al sepulcro... Mi prometida era ya esposa de otro...

Y allí, donde se habia mecido mi cuna, un monton de ruinas, en que tenia su asiento la inmortalidad, era todo lo que existia de Gandesa, del pueblo que me vió nacer. (*Pausa.*) Juzgue usted cual sería mi desesperacion. Careciendo del consuelo de saber en que sitio estaba la tumba de los autores de mis dias para ofrecer en ella el holocausto de mis lágrimas y mi gratitud filial, engañado por aquella á quien habia dedicado todo mi ser, la vida me era odiosa y huí con horror de unos sitios, que, al mismo tiempo que el heroismo de sus habitantes, me recordaban tambien el valor de lo que habia perdido. Estrangero en mi patria, sin padres, sin hogar y sin amores, nada de lo que hace grata la existencia ha quedado ya al pobre soldado sino la memoria de lo que gozó. (*Con amargura.*) Cree usted ahora que la calentura me hace delirar? Juzga usted que puede haber un porvenir venturoso para mí?

MAR. En verdad que es usted muy desgraciado; pero, qué piensa usted hacer?

FEL. Morir en defensa de mi patria. Este pecho en que ya no domina afecto alguno cariñoso, palpita aun al escuchar el mágico nombre de Reina y Libertad. A ellas voy á dedicar mis últimos esfuerzos, y mostrándome digno del dictado de soldado español y defensor de Isabel, quiero con mi débil brazo contribuir á su triunfo. Tal vez pueda sucumbir en la demanda (*Animándose por grados.*) pero al menos llevaré al sepulcro el consuelo de saber que he cumplido mis deberes y que mis camaradas, al recordar mi nombre, despues de ceñirme los laureles de la victoria, dirán con respeto y entusiasmo. «Ha muerto como un valiente.»

MAR. Pero solo muriendo cree usted encontrar esa felicidad que le ha huido? Confie usted en que el cielo mejorará su suerte.

FEL. Mejorarla? Jamás. Soy muy desgraciado!

MAR. Y por qué? Se ha agotado acaso en usted la facultad de sentir? Podrá usted mostrarse indiferente á las pasiones del corazon. Es usted muy jóven, y quien sabe... Pero ha hablado usted demasiado y es preciso que descanse (*Yendo hácia el fondo y llamando,*) Gertrudis...

ESCENA VIII.

Los mismos y GERTRUDIS *que sale por la derecha.*

GERT. Señora!
MAR. Dispon esa habitacion (*Señalando la de la derecha.*) y cuida de que nada falte á ese bravo militar mientras yo esté al lado de la abuelita (*La dá una llave*)
GERT. Está bien (*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IX.

MARIA, FELIPE.

MAR. (*Ayudándole á levantarse.*) Vamos; apóyese usted en mi brazo Este es el cuarto de mi hermano. Nadie ha entrado en él desde que se marchó; pero un compañero suyo va á ocuparle y este es el mejor destino que se le puede dar.
FEL. Maria, no sé como espresar á usted mi gratitud.
MAR. No piense usted mas que en descansar y en aliviarse. (*Al fin de la escena aparece Gervasio en la puerta de la alcoba. Maria deja á Felipe en la entrada de la habitacion de Manuel, y al volverse ve á Gervasio, que ya se habrá adelantado al centro mirando esta escena con concentrado furor.*)

ESCENA X.

MARIA. GERVASIO.

MAR. (*Sobresaltada.*) Ah! aun está usted aquí?
GERV. Tu abuela acaba de firmar su testamento y deseaba verte para darte su bendicion. Yo venia á buscarte, pero no me he atrevido á interrumpirte viendo que estabas tan bien entretenida sin acordarte de ella. Bello modo por cierto de corresponder al cariño que te tiene!
MAR. Señor Gervasio, no le toca á usted pedirme cuenta

de mis acciones. Déjeme usted ir á consolar en sus últimos momentos á mi abuela. Nada puede haber ya de comun entre nosotros. (*Quiere irse y Gervasio la detiene.*)

GERV. No huyas de mí, Maria, tenemos que hablar.

MAR. Qué me quiere usted?

GERV. Has pensado en lo que te dije antes?

MAR. Ya sabe usted mi respuesta, y por nada en el mundo la variaré. Déjeme usted entrar.

GERV. Sí, entrarás; pero contigo iré yo para delatar tu crímen.

MAR. Qué dice usted?

GERV. La verdad. O cedes ahora mismo á lo que de tí exijo, ó voy á descubrir á la moribunda tu deshonor para que en su última hora te maldiga.

MAR. Ah!! (*Cubriéndose el rostro*)

GERV. (*Con fuerza.*) Sabes lo terrible que es la maldicion de una madre en la agonía?

MAR. Bárbaro! y tendrias valor para darle un golpe tan funesto?

GERV. De todo me siento capaz sino me escuchas.

MAR. No por mí, sino por ella, imploro vuestra compasion. Esa noticia la precipitaria en el sepulcro; déjela usted al menos que descienda á él con tranquilidad.

GERV. Por ventura te compadeces tú de mí? Tienes derecho á exigirme un sentimiento que tú me niegas?

MAR. (*Con vehemencia.*) Y acaso usted le tiene para abusar de este modo de una pobre huérfana?

GERV. Maria, escúchame; dentro de poco tu abuela no existirá. En su última voluntad te encarga á mi cuidado hasta la vuelta de tu hermano Manuel. Conoces cuán sagrados son los deberes de este encargo. Al entrar bajo mi dependencia, tu hija no puede seguir contigo, porque mi crédito no seria bastante á librarte de la maledicencia y hablillas de la multitud. Jamás transigirá mi delicadeza con que tengas á tu lado ese mudo delator de tu infamia. Como en lo sucesivo de mí penderá tu suerte, en tí consiste ser feliz ó desgraciada. Si cedes á mis súplicas no tendrás mas que hablar para ver cumplidos tus deseos. Yo te rodearé de todas las comodidades de la vida; yo velaré por tu hija; me encargaré de su porvenir; y libre tú de ese cuidado serás dichosa con el cariño de un hombre, que no vivirá mas que en tu querer. Tal vez algun dia, libre yo de esa muger á quien detesto, podré ofre-

certe un nombre y Dios mismo bendecirá nuestra union. No te conmueve la esperanza de esta vida de placer y de ventura?

MAR. (*Con indignacion.*) Hombre de execracion y de maldades, te atreves á profanar la divinidad mezclando su nombre sagrado con tus criminales proyectos? No temes que el rayo se desprenda y te aniquíle? (*Gervasio baja la cabeza confundido.*) No te avergüenzas de esa maldad, que á tu pesar te hace humillar la frente ante una muger tímida é indefensa? No proclames tu triunfo. Blasfemo! Ese Dios á quien invocas no puede permitir que tu delito se consume. Voy á arrojarme á los pies de mi abuela; la confesaré mi debilidad; sabrá que una niña de quince años no pudo resistir á la seduccion y á la astucia de un malvado. Sabrá quien es el hombre en que ha depositado su confianza Yo te quitaré la máscara, y verás arrebatar de tus manos ese poder con que te engries y del que tan vergonzosamente piensas abusar para oprimir á una huérfana desventurada. Hombre sin fé y sin pundonor, yo te aborrezco tanto como tú me amas. Preferiria mendigar el pan de la misericordia é implorar la caridad pública con mi hija á recibir de ti ni aun lo preciso para vivir. Nada hay comparable al odio y al desprecio que me causas.

GERV. (*Furioso y cogiéndola una mano.*) Es esa tu última determinacion?

MAR. (*Con fuerza.*) Sí, sí, mil veces sí, suélteme usted. (*Gertrudis sale apresurada de la alcoba y se vá por la puerta del foro.*)

GERV. No te separarás así de mí. Aún tienes que escuchar lo que te espera.

MAR. (*Con orgullo.*) Mientras mi abuela exista ninguna otra persona tiene dominio sobre mi. Afortunadamente aun no ha muerto, y usted menos que nadie está en el caso de abrogarse sus derechos. Ella lo sabrá todo y me perdonará librándome de las manos de un mónstruo como usted. Quizás Dios la salvará! Suélteme usted, sino quiere que mis gritos publiquen su maldad. (*Corre á la ventana.*)

GERV. Desgraciada, que vas á hacer?

MAR. Confundir á un infame criminal (*Gervasio intenta separarla de la ventana.*) Madre mia, Gertrudis! (*Gritando.*) Favor! (*Gervasio la tapa la boca con un pañuelo, que María forcejea por quitarse.*)

GERV. (*Con maligna complacencia.*) Ahora, muger, ya eres mia. ¿Quieres seguirme?

MAR. (*Con voz ahogada.*) No, no.

GERV. (*Queriéndola llevar.*) Tuya es la culpa.

MAR. (*Enteramente fuera de sí.*) Favor!!

(*Se oyen campanadas de dos en dos. A la primera Gervasio suelta á Maria: hay un momento de pausa hasta que concluyen de sonar siete campanadas dobles. Maria muestra la ansiedad y la zozobra. Gervasio la complacencia que al oirlas esperimenta.*)

GERV. (*Con alegria y señalando á la alcoba.*) Maria! oyes? Es el toque de la agonía.

MAR. (*Cayendo de rodillas con las manos levantadas al cielo.*) Dios eterno! ya murió!

(*Al final de la escena aparecen en la puerta de la izquierda Gertrudis con Adela, que corre á abrazarse á su madre, y en la del foro varias gentes en ademan de entrar y cae el telon.*)

Toda esta escena tiene que ser sumamente rápida desde que Maria se acerca á la ventana, y marcando los diferentes afectos que el diálogo espresa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

GERTRUDIS. GERVASIO. *Al levantarse el telon*, GERTRUDIS *estará hilando.* GERVASIO *entra por la puerta del foro.*

GERV. Gertrudis! (*Llamándola.*)

GERT. (*Levantándose.*) Cómo se atreve usted á venir despues de lo que ha pasado? No teme usted que María le vea y lleve á efecto sus amenazas?...

GERV. Lo primero no me importa, porque vengo á buscarla: las otras las desprecio porque son impotentes.... (*Con afectada dulzura.*) al menos mientras tú continues prestándome los buenos servicios que hasta aquí.

GERT. Verdaderamente que me ha obligado usted á hacer cosas á que nunca hubiera creido poder llegar. Qué seria de mí si su hermano viniese y descubriese nuestra im-

postura? Ademas que eso de ver á la pobre María, á quien he criado, reducida á trabajar noche y dia sin descansar para comprar un poco de pan, me llega á el alma, y me hace arrepentir cada vez mas de haber dado oido á las instigaciones de un hombre como usted.

GERV. Se han concluido ya esas insípidas lamentaciones? Cómo!! Querias abandonar la empresa cuando estamos próximos á conseguir la victoria? Gertrudis, es preciso que conozcas que no es ya dado retroceder del punto á que la avaricia y no mis instigaciones te han conducido. Si me has prestado servicios, yo te he dado dinero, y con él he adquirido el derecho de disponer de tus acciones. Esos temores pueriles no son mas que vanos fantasmas, muy buenos para intimidar á la inocencia, mas no para conmover á la que, como tú, ha hecho traicion á todos sus deberes.

GERT. Señor Gervasio, si yo he cometido faltas, usted en cambio ha abusado de todo lo mas sagrado que hay en el mundo, tratando de seducir á una huérfana abandonada, faltando á los deberes de vuestro estado, falsificando un testamento en el que se ha dado usted el caracter de curador, que no tenia, apoderándose del corto producto de los bienes de su infelíz pupila, reducida por ese medio á la miseria. Le toca á usted, por ventura, reprenderme, cuando su vida está llena de crímenes?

GERV. No es ahora ocasion de reprocharnos nuestras faltas. Cualesquiera que estas sean debe cubrirlas el olvido y disculparse por nuestro mutuo interés. Si crees no estar aun suficientemente recompensada, desde hoy repartiremos los pruductos de la heredad de María. Asi tal vez no tendrás remordimientos al verla reducida á un estado en el que debe continuar.

GERT. Crea usted que nunca he pensado...

GERV. Bien: hablemos de María. Es preciso, en primer lugar, hacer todo lo posible porque ese estafermo de Felipe se marche. Mientras él esté, nada podremos hacer de bueno. Con un grito solo que diese María... (*Señalando al cuarto de Felipe, que es la habitacion de la derecha.*) ya comprendes lo demas, y no es cosa de ir á arriesgar de ese modo la pelleja.

GERT. Mucho mas ahora que se ha enamorado de ella como un tonto.

GERV. Y María le corresponde?

GERT. María sino le quiere, no está muy lejos de ello, y entonces.....

GERV. Qué dices? Seria capaz de amarle? Mil rayos! (*Con energia.*) Gertrudis ya sabes que yo se premiar un servicio (*Dándola dinero.*), esto no es mas que una pequeña muestra de lo que tendrás. Es preciso, absolutamente preciso, que ese hombre salga de esta casa. Puedo llevar con paciencia que María no me ame, que me desprecie; pero tolerar que aquí, á mi vista, entregue á otro su cariño... jamás... Mil muertes primero! Mil crímenes! No sé hasta donde podria conducirme mi furor...

GERT. Y bien, que debo hacer?

GERV. Voy á decir á Maria que los facciosos han arrasado su alqueria, y que han destruido los sembrados. Esto no es difícil de creer porque estos dias han estado por aquellas cercanías, y ella no ha de poderse informar de la verdad, si tú te encargas, como hasta aqui, de dar direccion á sus cartas... (*Con intencion*) Con este golpe la pondremos en el último apuro, y quedará sin recurso ni esperanza alguna. Al mismo tiempo la persuadimos de la necesidad de despedir á ese soldado. diciéndola que corren voces por el pueblo y...

GERT. No diga usted mas y descuide en mi celo por sus intereses.

GERV. O mas bien por los tuyos; pero en fin, es igual, con tal que el éxito corresponda.

MAR. (*Dentro*) Gertrudis, Gertrudis!

GERV. Silencio, ahi viene. Déjanos solos. (*Gertrudis entra por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

GERVASIO, MARIA, *en trage de luto.* MARIA *sale corriendo con un papel en la mano, que esconderá en el pecho al ver á* GERVASIO.

MAR. Gertrudís!—Ah! Cuando cesará usted de perseguirme?

GERV. Cuando tú dejes de ser inhumana con un hombre que quiere hacer tu felicidad.

MAR. Mi felicidad? Y se atreve usted á decirme con seremidad tales palabras?

GERV. Sí, porque son la verdadera espresion de mis sentimientos.

MAR. Diga usted mas bien de su maldad é hipocresía

GERV. Maria!!!

MAR. (*Con frialdad.*) Ahorrémonos de inútiles discusiones, que me fatigan; hace muy pocos dias dije á usted que tendria una satisfaccion en que dejara de pisar estos umbrales. No habiendo variado de parecer desde entonces, ni llamádole á este sitio, no comprendo qué motivo puede haberle traido á él sin mi consentimiento.

GERV. Tu interés.

MAR. Lo agradezco en el alma; pero pudiendo esplicarse usted por escrito, es escusada esta conversacion. (*Quiere marcharse.*)

GERV. (*Deteniéndola.*) No, escucha.

MAR. (*Con indignacion señalando al cuarto de Felipe.* No intente usted detenerme por su vida. No estoy ahora tan abandonada como hace un mes.

GERV. (*Con sarcasmo.*) Sin duda por eso procuras conservar á toda costa tal defensor.

MAR. Qué quiere usted decir?

GERV. Nada, nada. Continua. Qué te importan las hablillas del vulgo, ni que tu reputacion ande de boca en boca, si ya has prescindido de ella teniendo públicamente en tu compañía, esa hija que está sin cesar publicando tu deshonra?

MAR. Señor Gervasio. En vano pretende usted sorprenderme con especies alarmantes é injuriosas. Mi conciencia está tranquila, y esto me basta para soportar con paciencia la opinion de esas personas, que nada son para mí. Felipe fue conducido á esta casa herido y moribundo, cuando aun vivia mi pobre abuela Sin patria, sin hogar, y sin familia, el infeliz hubiera perecido á no haber aqui hallado hospitalidad y compasion; y no seré yo por cierto quien contribuya á hacer mas amarga su situacion, arrojándole de esta casa, hasta que se halle en estado de atender por sí mismo á su subsistencia, hasta que esté enteramente curado de sus heridas. Era esto todo lo que tenia usted que decirme?

GERV. No. El objeto que aqui me ha traido, es de mucha mas importancia para tí. Lee esa carta. *Dándosela.*)

MAR. (*Leé para sí.*) Dios mio! Estoy enteramente arruinada!

GERV. No tanto como piensas. Este suceso, que en cualquiera otra ocasion me hubiera sido tan sensible co-

mo á tí, me es sumamente grato en la actualidad, porque me pone en el caso de probarte que no eran vanas mis promesas, ni estériles mis ofrecimientos. (*Con intencion y marcando las espresiones.*) Ahora que estás reducida á la *mendicidad*; que ningun recurso humano te queda, me toca á *mi* sacarte de ese estado de abyeccion y de miseria.

MAR. Quién? Usted?

GERV. (*Con fuego.*) Sí, Maria; con una sola palabra que pronuncies de piedad y compasion, una sola, todo cuanto yo poseo está á tus pies, y me enorgulleceré á la faz del mundo, y á pesar de sus nécias preocupaciones, de hacer tales sacrificios por tí.

MAR. (*Con dignidad y energía.*) Señor Gervasio, no creí tener de nuevo que escuchar esas palabras que me horrorizan y detesto. Salga usted de aqui, sino quiere esperimentar el peso de mi justa indignacion!

GERV. Has pensado en tu hija, que en vano te pedirá un alimento que tú no la podrás dar? qué perecerá tal vez exánime sin que puedas socorrerla?

MAR. (*Con fuerza.*) Por horrorosa que sea la suerte que me espera, por atroces que sean los tormentos que haya de sufrir, ninguno seria igual al de mirar á usted á mi lado, verme en la precision de escuchar espresiones de amor en vuestra boca, y agradecerle unos favores que despreeio: No, no, aunque supiera morir.

GERV. (*Con reprimido furor.*) Pues bien, Maria; una vez que eres tan inflexible y que de este modo juegas con tus desgracias, y con la de los que te rodean, no hay para que guardar mas consideracion contigo Hubiera querido ahorrarte este último disgusto; pero tu tenacidad y obcecacion hacen que á mi pesar prescinda de todo, para que conozcas cual es tu verdadera situacion. Manuel ha muerto.

MAR. (*Sorprendida.*) Quién? mi hermano?

GERV. Una carta que he tenido del ejército me lo asegura.

MAR. Y no podria suceder que fuese falso?

GERV. Por desgracia es demasiado cierto. Nadie te queda ahora mas que yo.

MAR. Aunque asi fuese, que no lo creo, no me falta protector en la tierra. Dios mira por la horfandad y la miseria, y yo estoy tranquila.

GERV. (*Con ironía.*) O mas bien los soldados de la guardia. (*Señalando al cuarto de Felipe.*)

MAR. Señor Gervasio!! (*Con tono amenazador.*)

GERV. Y eras tú la que me llamabas hipócrita y hombre sin pundonor ? Qué me toca ahora decirte?

MAR. Desprecio tanto vuestras invectivas como vuestro amor, y si quisiera, ahora mismo quedaria usted confundido en mi presencia.

GERV. Ya ha pasado el tiempo de las ilusiones. Estamos al mismo nivel. No temo tus amenazas, ni creo ya en la magia de tus palabras.

MAR. Pues crea usted al menos en esa carta del que me decia hace poco que habia muerto.

GERV. (*Azorado.*) Quién? Manuel te ha escrito ?

MAR. Hoy mismo tendrá usted el tormento de verle.

GERV (*Desconcertado y temblando.*) Tu hermano va á venir ?. . Hoy ?

MAR. Antes de dos horas. Creia usted por ventura que todo el mundo habia abandonado á la pobre huérfana ? No. El cielo cansado de sufrir los atentados de un mónstruo como usted le prepara su justo castigo. Ya llegó el tiempo de que caiga esa máscara engañosa que le cubre el rostro y de dar cuenta de sus acciones á quien tiene derecho para pedírsela.

GERV. (*Humillado y suplicante.*) Maria, serias capaz de delatarme, sin compadecerte de mis años, de mi familia, que quedaria abandonada?

MAR. Se acuerda usted de la respuesta que hace un mes me dió, cuando le hice una súplica semejante, casi junto al lecho de mi abuela moribunda ?

GERV. Perdon, Maria, no por mí, sino por ella...

MAR. (*Con fuerza.*) Tambien fueron esas mis palabras y usted me repelió con dureza, abusando de mi situacion. Señor Gervasio, el cielo es justo. Ha llegado el dia de las represalias. El que entonces estaba orgulloso é insultante, con la cabeza erguida, el sarcasmo en los labios, y el desenfreno y la desfachatez en la frente, se ve ahora humillado, envilecido, implorando la piedad de la misma á quien creia poder atropellar impunemente. Díga usted, señor Gervasio, cuál será al fin la víctima?

GERV. (*Con furor.*) Tú, Maria, tú; y ese Manuel á quien aguardas, y ese soldado á quien protejes, y esa hija por quien deliras: todos, todos, no sereis bastantes para saciar mi furor.

MAR. Y no teme usted la ira de un Dios omnipotente, que le escucha?

GERV. Qué me importan todos los tormentos del infierno, si al morir dejo satisfecha mi venganza?

MAR. Silencio, blasfemo, salga usted de aquí.

GERV. (*Con tono amenazador.*) Sí, saldré: mas será para volver. No creas que has triunfado. Aun estás en mi poder, y no será facil que te libres de él. (*Se va por el foro.*)

MAR. Dios mio! Ten piedad de esta infeliz. (*Cae anonadada en el sillon.*)

ESCENA III.

MARIA, FELIPE.

FELIPE *sale apresurado de su cuarto,* MARIA *se levanta sobresaltada.*

FEL. Llamaba usted? Crei haber sentido ruido.

MAR. No, no, habrá sido una ilusion.

FEL. (*Con tierna solicitud.*) Está usted sobresaltada. Mira usted con horror á todas partes. Las lágrimas asoman á sus mejillas. (*Con vehemencia.*) Maria, qué la ha pasado á usted?

MAR. Nada, nada.

FEL. (*Con sentimiento.*) No tiene usted confianza en mí. Si tal supiera no estaba un momento mas en esta casa. Me avergonzaria hasta de haber recibido unos beneficios, que no puedo pagar sino con mi gratitud.

MAR. (*Resentida.*) Felipe, es usted muy injusto conmigo: yo no he hecho sino lo que cualquiera otra persona hubiera practicado en mi lugar. En usted he visto únicamente un desgraciado que sufria, un compañero de mi hermano. Si en esto hay favor ó beneficio, no lo hacia ciertamente con la esperanza de un premio ó retribucion, cualquiera que fuese. Mi solo anhelo era el ver curadas sus heridas. Afortunadamente lo están yá, y puede usted emprender su marcha cuando quiera.

FEL. (*Con amargura.*) Qué he hecho yo para qué usted me trate con tanta dureza? para que me arroje de su lado? He pronunciado alguna palabra que haya podido ofen-

derla? Soy indigno hasta de su bondad. Castígueme usted, pero deponga por Dios esa frialdad y circunspeccion que me hiela la sangre. Por piedad no me arroje usted de su presencia.

MAR. (*Con dulzura.*) No me ha entendido usted, Felipe. Mal pudieran ofenderme esas pruebas de interés..... Y sin embargo, es necesario partir. Estima usted en algo mi reputacion?

FEL. (*Con fuerza.*) Mas que la mia.

MAR. Pues bien; principian á correr voces en el pueblo, nada favorables á ella, por la permanencia de usted en mi casa despues de curado.

FEL. (*Con energía.*) Y quién es el vil que se atreve á mancillar la reputacion de un ángel como usted? Sépalo yo, y le arrancaré la lengua. Por mi vida que he de obligarle á pedir su perdon públicamente.

MAR. No se hace asi callar la maledicencia. Es preciso cortar el mal por la raiz. Ademas, yo misma tendré que abandonar esta casa, en la que no puedo continuar mas tiempo. Estoy completamente arruinada.

FEL. Cómo!!

MAR. Esta carta le enterará á usted de mi situacion. (*Le da la carta de Gervasio.*)

FEL. (*Devolviéndosela.*) Me alegro, voto al diablo!

MAR. (*Sorprendida.*) Qué oigo? Se alegra usted de un suceso que me deja sin recursos, reducida á la mas horrorosa miseria? Nunca lo hubiera creido de usted.

FEL. (*Con pasion.*) Sí, tengo un placer en esa desgracia, porque salva los obstáculos que me detenian, porque ahora nada me podrá impedir el decir á usted que la quiero, y envanecerme de ello á la faz del mundo. De hoy mas ya somos iguales. A usted nada le queda de lo que tenia; es huérfana y se halla abandonada en la tierra; yo á nadie tengo en ella que me interese: nada, pues, puede oponerse á nuestra felicidad. En cambio de las virtudes y belleza que á usted adornan la ofrezco un corazon honrado y una mano que cabará la tierra para alimentarnos. Si usted ha cumplido siempre con sus deberes, yo jamás he faltado á los mios, ni he mancillado mi honor. Si nada absolutamente nos queda en la tierra, iremos á un rincon ignorado de ella, y en él construiré una cabaña que nos ponga al abrigo de la tempestad. La mas plácida ventura sonreirá á nuestro destino, porque la felicidad se encuentra lo mismo bajo un techo de bá-

lago y espadañas que en los suntuosos alcázares donde brilla el oro y las molduras de los artesonados: unida nuestra suerte, tu hija será mi hija, tu hermano será mi hermano, y los dias pasarán insensiblemente entre el trabajo y el placer.

MAR. Ah! por piedad; no sabe usted el daño que me hace con la perspectiva de ese cuadro tan alhagüeño, que jamás disfrutaré.

FEL. Pues qué? No es usted digna de ser feliz? No son sus virtudes segura garantia de la dicha de aquel á quien usted conceda la de llamarle esposo? O está aun demasiado impresa ahí (*Señalando al corazon.*) la memoria del que usted perdió y que mereció su primer amor? Si asi es, qué diantre, es preciso olvidarle; porque los muertos no han de volver á resucitar. Sobre todo, esperaré. A bien que si usted me da su palabra, eso bastará para tranquilizarme; y que vengan dias y meses, que yo los veré pasar con calma y alegria, porque aproximarán el instante en que pueda llamarme feliz.

MAR. (*Profundamente conmovida.*) Felipe, hay una barrera de hierro que nos separa para siempre. Un obstáculo fortalecido por las preocupaciones y leyes de la sociedad, que nos es imposible superar. Mi Adela, mi hija. He ahi el único afecto que me liga á la existencia y que me presenta menos tenebroso el porvenir. Inutil es ese afán: mi mano no puede enlazarse á la de hombre alguno, y mucho menos á la de usted.

FEL. Y por qué? Ha visto usted en mi algo que la desagrade hasta el punto de impedir....?

MAR. (*Interrumpiéndole.*) No, Felipe, no; usted es un hombre honrado, un militar valiente, pundonoroso, digno de hallar un corazon que le ame con ternura y capaz de hacer la felicidad de cualquier muger.

FEL. (*Con impaciencia.*) Pues que diablo! ¿Entoces que reparo tiene usted en quererme, ó decirme, «Felipe, no le amo á usted ahora, pero le prometo que nunca amaré á otro: deje usted pasar un año ó veinte y mi mano será suya»

MAR. El que antes he dicho. Un obstáculo insuperable, imposible de vencer.

FEL. Pero al menos, digame usted cual sea. Que dificultades han de presentarse, que no puedan vencer el tiempo, la constancia y la ternura de un corazon jóven y entusiasta? Mientras usted me quiera..

MAR. Y quien le ha dicho á usted que le quiero?
FEL. Cómo? ¿Seria usted capaz de no amarme?
MAR. (*Despues de un momento de pausa y haciendo un esfuerzo sobre sí misma.*) Sí.
FEL. (*Cruzando los brazos con tristeza.*) Me desprecia usted, María? Corresponde usted con la mas fria y desdeñosa crueldad á esta pasion tan ardiente y fogosa? A esta pasion que domina mi vida, en la que habia fundado mis esperanzas, con la que se habian creado mis ilusiones? (*Con fuerza.*) Sabe usted que amor es el mio? Sabe usted que me abrasa la sangre, que me corroe el corazon? Que con esa palabra que usted ha pronunciado me ha hecho descender desde la felicidad en que soñaba á una triste realidad que me desespera? Yo la adoro á usted como á un ser sobrenatural, como el angel que se ha aparecido para aliviar mis penas, para purificar mi vivir. Nadie es capaz de amar en el mundo con el delirio y el entusiasmo que yo. Ve usted estas gloriosas cicatrices, estas enseñas del valor? Las he ganado en veinte acciones. Mi pecho, que no se ha conmovido en medio de las balas y los peligros, que me han rodeado en cien batallas, palpita ahora de temor y sobresalto solo al pensar que aun puede usted despreciarme. María, seria usted capaz de no quererme?
MAR. (*Muy conmovida.*) No es culpa mia, Felipe; una tierna amistad es el solo afecto que puede hallar cabida en mi corazon.
FEL. Y de qué me sirve esa fria amistad? No la quiero: guárdela usted para quien sea digno de ella, no para mi, que no merezco su amor.
MAR. Usted merece el de cualquiera muger lo mismo que el mío. Pero sabe usted que mi nombre está cubierto de oprobio? que una mancha indeleble de deshonor pesa sobre mi culpable frente?
FEL. (*Con ansiedad.*) Esplíquese usted por Dios.
MAR. Ya sabe usted que Adela es mi hija. Pues bien... yo nunca he sido casada (*Pausa.*) Abandonada á mí misma en una edad en que ni aun distinguir sabia la diferencia entre el bien y el mal, cedí á las seducciones de un hombre, á quien creia amar, sin saber lo que hacia... Las lágrimas del ser infortunado, á quien dí la vida, fueron las primeras que me hicieron conocer mi desgracia y mi deshonor. Fuí culpable sin seber que cometia un crimen. Me ví deshonrada sin

haber perdido la inocencia, ni el derecho á la compasion de las almas sensibles. Ya ve usted cuan imposible es que una mi suerte á la de ningun hombre honrado para llevarle con ella el oprobio, la vergüenza y los remordimientos. (*Pausa.*)

FEL. (*Profundamente conmovido.*) Y ama usted aun á ese hombre que la sedujo?

MAR. (*Con vehemencia.*) Ah! No!

FEL. Pues bien. Nada importa lo que usted me ha dicho. La muger que tiene el valor suficiente para confesar una falta, que puede arrebatarle la estimacion y el cariño de un hombre honrado es digna de ser feliz (*Se acerca á la mesa y escribe.*) En ese papel encontrará usted espresada mi voluntad. Reflexione usted al leer su contenido. Un sí ó un no, puesto á continuacion de lo que hé escrito dirá cual es su última determinacion. Si, como lo espero, es favorable, correré á los pies de usted embriagado de amor y de esperanzas, y un denso velo cubrirá para siempre lo pasado; mas si, por el contrario, persiste usted en su negativa, á Dios, á Dios para siempre. Nunca me volvera usted á ver. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA IV.

MARIA, *sola.*

Infeliz! cuanto me ama! Cuan digno es de ser amado! En ese papel hallaré espresada su voluntad? Veamos (*Se acerca temblando á la mesa y lee conmovida.*) «Declaro yo Felipe Martinez que la niña llamada Adela es hija mia y de Maria Bazan, mi legítima esposa. = Felipe Martinez.» = Alma noble y sin igual! Es este acto de abnegacion y virtud la espresion de tu voluntad? Debo corresponder á él con un no, que despedace tu corazon? Sacrificar tu felicidad y la mia al severo deber que la sociedad me impone? Ah! no. (*Pausa.*) Pero y la carta de mi hermano? Dios mio? He de entregarme en brazos de un hombre que detesto, que abusó de lo mas sagrado, y abandonar los de un ser generoso que hace suya mi vergüenza, y me vuelve tan noblemente el ho-

nor que aquel me arrebató por violencia? Sumiré en la desesperacion al que me quiere hacer feliz por complacer al que me hizo desgraciada? No, no hay en mi fuerza bastante para ello, (*Coje la pluma y la deja despues desalentada.*) Y mi hija? Mi Adela? Preferiré mi felicidad á la suya? La dejaré continuar en la infamia que la cubre, pudiendo librarla de ella para siempre? Dios mio! dadme valor para consumar el sacrificio (*Vuelve á coger la pluma.*) Pobre Felipe! Cual será tu desesperacion cuando veas la respuesta de esta muger á quien todo lo sacrificabas! á quien amabas con tal pasion! Maldecirás de mi nombre, del instante en que me conociste y del en que pensaste substituir conmigo á tus padres, tu patria .. tu familia... (*Arrojando la pluma.*) Ah! no. Perdon Dios mio, yo le amo, no puede mi mano sancionar su ruina...

ADELA. (*Dentro.*) Mamá!

MAR. (*Con suma rapidez.*) Que oigo? la voz de mi hija? Es una inspiracion del cielo? Sí: yo he sido madre antes que amante. Felipe, primero es mi hija (*Escribe precipitadamente.*) Hija mia! Hija mia (*Entra corriendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

FELIPE, *solo.*

(*Abre pausadamente la puerta de su habitacion, registra la escena y despues sale.*) No hay nadie Ya ha marchado. (*Mirando á la mesa.*) Ahí está el papel. Ahí estará mi sentencia —Tiemblas, Felipe? Tú que has sabido arrostrar la muerte con serenidad en los combates, temes ahora acercarte á esa mesa y ver la decision de tu suerte? Valor! Todo es un instante de amargura. (*Coge el papel con precipitacion y lee.*) «No.» (*Estrujándole entre las manos.*) Oh!!

ESCENA VI.

FELIPE, GERVASIO.

FEL. (*Volviéndose enojado.*) Quien va?...
GERV. (*Con miedo.*) Soy yo... yo, que venia...
FEL. Y quien eres tú?
GERV. El escribano del pueblo: Gervasio.
FEL. (*Agarrándole con violencia y trayéndole al proscenio.*) Conoces á Maria?
GERV. Toma, como que soy su curador.
FEL. Pues di, por qué no me ama?
GERV. (*Con alegria mofadora.*) No le ama á usted?
FEL. Me lo ha escrito. Míralo. (*Enseñándole el papel todo arrugado.*)
GERV. (*Aparte.*) Qué idea tan feliz! Así me vengo de los dos á un tiempo! (*Alto.*) Pero está usted tan alterado...
FEL. (*Furioso.*) Responde, voto al diantre, sino estás cansado de vivir. Por qué no me quiere?
GERV. Porque ama á otro.
FEL. (*Fuera de sí.*) Ama á otro. (*Sacudiéndole el brazo con violencia.*) Y quién es ese otro?
GERV. Suélteme usted por Dios, que me destroza el brazo.
FEL. (*Sin atenderle y con rabia.*) Quién es ese otro?
GERV. No está en el pueblo; pero vá á llegar dentro de un momento (*Se oye una música marcial.*) Escuche usted, ya viene.
FEL. (*Mirando.*) Dónde?
GERV. Con la division que está ahora entrando.
FEL. Vamos á buscarle (*Se lleva á la fuerza á Gervasio. Continúa la música.*)

ESCENA VII.

MARIA, ADELA, GERTRUDIS, *que se asoman al foro saliendo de la izquierda. Despues* MANUEL *con armamento completo.*

MAR. Ya viene. Ya viene. Esperémosle aquí.
ADELA. Ay mamá, cuánta gente!
GERT. Allí viene! allí viene!
MAR Manuel! (*Corre á encontrarle.*) Hermano mio! (*Sale Manuel.*)
MAN. Maria! (*Se abrazan.*)
MAR. (*Ayudándole á quitar el morral y las correas.*) Vienes cansado?
MAN. Eh! Seis leguas no son para cansar á nadie. Adela, Gertrudis, venid, venid, dadme un abrazo (*A Adela*) qué guapa estás!
MAR. Quieres descansar, ó tomar algo?
MAN. Mejor será lo último Dentro de poco marcharemos, y nada reanima tanto al soldado como un trago de buen vino y un abrazo de una muchacha tan bonita como tú. (*Sentándose.*)
MAR. Gertrudis, pon la mesa allá dentro. (*Gertrudis y Adela entran por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

MARIA. MANUEL.

MAN. Pobre Maria! Qué desmejorada estás! Cuánto debes haber padecido!
MAR. Ya ves, con la muerte de la pobrecita abuela...
MAN. (*Conmovido.*) Pobre señora! La dió por marcharse á viajar al otro barrio! Dios la haya perdonado! Pero qué diantre! nosotros hemos quedado en este y es preciso que disfrutemos de la vida. Alza la frente, Maria, no tienes porque humillarla delante de nadie, y tu hija puede envanecerse de su padre.
MAR. (*Sorprendida.*) Dios mio, será verdad?
MAN. No solamente ha reconocido don Mauricio á su hija, sino que tambien la ha dejado todos sus bienes.

MAR. (*Aparte*) Pobre Felipe!

MAN. Adela recordará con orgullo el nombre del valiente oficial á quien debe la vida, y que ha muerto como un héroe pidiéndote perdon de su crímen. Pocos momentos antes de espirar me llamó á su lado y me dijo. « Manuel, soy indigno de la compasion de los hombres: » he ofendido á tu hermana, á quien despues he aban- » donado vilmente; pero ya que no me sea dado re- » parar mis faltas en este mundo, haz que no maldiga » mi nombre en el otro. En este papel hallarás una » declaracion en que reconozco á Adela por hija mia. » A ella y á su madre dejo todos mis bienes. Adios, » dí á Maria que su nombre será la última palabra » que pronunciarán mis lábios sobre la tierra » (*Pausa.*) Pobre jóven! (*Conmovido.*) (*Dando un pliego á Maria.*) Este es el documento en que están asegurados tus derechos y los de tu hija; dá gracias al cielo que al fin ha protegido la causa de la horfandad y la inocencia. (*Maria queda pensativa.*)

ESCENA IX.

Los mismos, FELIPE, GERVASIO, *que aparecen en la ventana*,

GERV. (*A Felipe.*) Ese es su querido (*Señalando á Manuel.*)

FEL. Escuchemos.

MAN. (*A Maria.*) En qué piensas? no alegran tu corazon tales noticias?

MAR. Y de qué me sirve todo eso, si tú no lo disfrutas conmigo? Si te vuelves á separar de mi lado, y una bala enemiga me priva de la única persona querida que me queda en la tierra, y cuya suerte me interesa tanto como la de mi hija?

MAN. Qué quieres, querida, no pueden ser completos los placeres de este mundo.

MAR. Dí, Manuel. ¿No podia servir parte de este dinero para redimir tu suerte? Poniendo otro hombre en tu lugar quedabas libre de peligros, y entonces estaria tranquila y sería feliz. Cualquier sacrificio me pareceria pequeño y llevadero, si lograba conservarte á mi lado.

FEL. (*Con amargura.*) Y decia que estaba arruinada!!

MAN. No: es imposible. Y mi honor? Qué se diria si me retiraba en el momento del peligro?

MAR. Y qué, prefieres acaso ese vano fantasma á mi cariño? Tan poco poder ejerce sobre tí mi ternura?

FEL. Pérfida!!

MAN. Maria, sabes que te quiero mas que á mi vida, que tú eres mi único amor en el mundo; pero cuando vamos á sorprender á la faccion en sus guaridas hasta ahora inaccesibles, no es el momento de abandonar cobardemente mis banderas. Aun pueden ceñir mi frente otros laureles, y entonces vendré á tu lado á descansar de mis fatigas, y á disfrutar de esa dicha tan lisonjera que me prometes.

GERV. (*A Felipe.*) Está usted convencido?

FEL. Basta: basta ya. Marchemos, porque no soy dueño de mí mismo. (*Vánse.*)

ESCENA X.

MARIA, MANUEL.

MAR. Y en tanto tu pobre hermana quedará sola ó entregada á manos mercenarias que no la podrán protejer.

MAN. El señor Gervasio, tu curador, velará por ti como lo ha hecho hasta ahora.

MAR. (*Con vehemencia.*) Ah! no, prefiero estar abandonada á permanecer bajo su proteccion!

MAN. (*Levantándose enfurecido.*) Qué dices? Acaso ese hombre habrá abusado?

MAR. (*Asustada*) No, no.

MAN. (*Reponiéndose.*) Pues entonces, qué reparo tienes en seguir á su cuidado? (*Maria baja la vista.*) Tú me ocultas algo, Maria. Dime la verdad, porque sino, por Dios vivo, que he de averiguarlo á tu pesar. Qué ha hecho Gervasio?

MAR. Hermano mio...

MAN. (*Con fuerza.*) Qué ha hecho ese hombre? Responde?

MAR. Dáme antes palabra de que no le harás daño alguno, que le perdonarás, como yo le perdono, y únicamente me sacarás de su dependencia.

MAN. María!

MAR. Prométemelo. (*Cogiéndole la mano con dulzura, Ma-*

nuel vuelve el rostro.) Qué seria sino de su pobre familia, que no tiene parte alguna en sus escesos?

MAN. (*Soltándose.*) Es imposible. No puedo perdonar al hombre que te ha ofendido.

MAR. (*Con resolucion.*) Ni yo debo entregar á sangre fria á un anciano, un padre de familia, á la venganza de un jóven arrebatado y violento: nada sabrás de mi.

MAN. (*Con tono amenazador.*) Nada?

MAR. (*Con firmeza.*) No.

MAN. (*Violentándose*) Tú lo quieres .. le perdono.

MAR. (*Abrazándole.*) Ahora conozco el corazon generoso de mi hermano.

ESCENA XI.

Los mismos, GERTRUDIS.

GERT. Cuando ustedes gusten.

MAR. Ven, querido hermano, y te diré lo que deseas. (*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

FELIPE, *solo.*

(*Entra pausadamente: mira con recelo en derredor: registra las habitaciones y al llegar á la de la izquierda se para: En toda la escena demostrará el dolor y la melancolia de que está poseido.*) Alli están.—La pérfida!—Hé ahí el obstáculo insuperable que en realidad se oponia para entregarme su cariño. Hé ahí la causa del no frio é insensible con que ha respondido á mi generosidad!—La ingrata!—No merecia yo por cierto la falta de confianza que conmigo ha usado. Conmigo, que tanto la amaba! Que hubiera dado mi vida por la suya!—Desgraciado! (*Cruza los brazos: momentos de pausa.*) Pero yo me vengaré.—Sí, es preciso hacerla conocer el valor de lo que ha perdido cuando ya no lo pueda recuperar. Voy á escribirla por última vez. (*Se sienta y escribe. Oyese el toque de asamblea.*) Ya

está!—Ahora la dejaré en mi cuarto. (*Entra y sale con su morral.*) Asi no la verán hasta que yo haya marchado, y entonces tendrá que consentir en lo que quiero. (*Toque de llamada.*) Cual enardece mi sangre el sonido de esos bélicos instrumentos, que tantas veces me han guiado al combate, y tantas otras han solemnizado mis triunfos! (*Conmovido.*) Dentro de poco resonarán tambien junto á mi tumba!—Valor! Llegó el momento. No es ahora la ocasion de dudar! Debia vengarme de ella.... el paso está dado.... ya no hay lugar al arrepentimiento ni á la indecision. (*Viendo las armas de Manuel*) Ah! aqui están sus armas! (*Se pone el correage.*) Con eso tendrá un obstáculo mas para seguirme.—Marchemos; la patria me llama. Qué noble corazon se hará sordo á sus ecos? (*Arrodillándose*) Omnipotente Dios, que desde el cielo sondeas los corazones, perdóname. Yo puedo pedirte la tranquilidad y ventura de Maria. aunque haya causado mis tormentos, porque es la querida de mi corazon; pero la del que me la arrebata... (*Haciendo un penoso esfuerzo.*) Tambien. (*Llamada, se levanta y coge el fusil.*) Adios, lugares en que crei hallar la felicidad que habia perdido, adios, por última vez. (*Parándose en la puerta de la izquierda.*) María, tú has despreciado á este infeliz, que te adoraba con delirio; le has hecho para siempre desgraciado .. Que el cielo derrame sobre tí sus bendiciones! Que tus dias se deslicen entre el placer y la felicidad! (*Con desesperacion y haciendo un esfuerzo violento.*) Adios!! (*Se va por la puerta del foro, sigue el toque de llamada. Se ven pasar varios soldados.*)

ESCENA XIII.

MARIA, MANUEL, GERTRUDIS.

MAN. (*Abrazando á su hermana.*) Ya llegó el instante.
MAR. (*Llorando.*) Manuel, ya no nos volveremos á ver.
MAN. Valor, hermana mia. Si una muerte gloriosa llegase á concluir mis dias, todos respetarán en tí la hermana de un valiente y nos reuniremos en otro mundo, donde nadie nos podrá separar.

ESCENA XIV.

Los mismos, GERVASIO.

Al ver á Manuel quiere retirarse.

GER. Que diantre, aun está aqui el hermano!
MAN (*Viéndole.*) Que viene usted á buscar aqui?
GER. (*Haciéndole señas y en voz baja.*) Chit! Tengo que hablar contigo.
MAN. Que me quiere usted?
GER. Sabes la obligacion sagrada que tengo de cuidar á tu hermana como su curador?
MAN. Y que?
GER. Ha llegado el caso en que debo recurrir á tu autoridad, porque no se respeta la mia. El escándalo que está dando al pueblo María con ese aventurero...
MAN. (*Interrumpiéndole con furor.*) Salga usted de esta casa, hombre execrable, huya usted, y Dios le libre de volver á poner los pies en ella. Juro por lo mas sagrado que si otra vez se presenta usted aquí, esperimentará los efectos de mi justa venganza!
GERV. (*Temblando.*) Pero Manuel...
MAN. Dé usted gracias á las súplicas de esta muger á quien tanto ha ofendido; sin ellas ya hubiera usted purgado todos sus crímenes. Salga usted. (*Se dirige hácia él, que huye.*)

ESCENA XV.

Los mismos menos GERVASIO.

MAN. (*Cogiendo la mano de María.*) Ahora me queda que cumplir otro deber no menos grato para mi, que el de librarte de ese monstruo. Tal es el de darte un protector, que vele por tí y por tu hija. Dónde está Felipe? Por qué no se ha presentado aun?
MAR. Querido hermano .. Gertrudis, llámale.
GERT. (*Entrando en el cuarto de Felipe.*) Jesus mil veces. No mas intrigas en mi vida.

MAN. Al menos llevaré el consuelo de dejarte en brazos de un esposo, que es un hombre honrado, un bravo defensor de su Reina y de su patria. Este recuerdo endulzará el pesar de mi partida.

ESCENA XVI.

MARIA, MANUEL, GERTRUDIS, *que trae una carta.*

GERT. No está en su cuarto, solo he hallado esta carta en la mesa.

MAR. (*Sobresaltada*) Dios mio, que será?

MAN. (*Cogiendo la carta.*) Veamos (*Lee apresuradamente, Maria muestra su ansiedad.*) (*Otro toque de llamada y tropa.*)

«María, has despreciado el amor del pobre soldado » porque tu corazon era de otro hombre. Te he visto » casi en sus brazos, y he escuchado las palabras » cariñosas que le decias. El único recelo que amarga- » ba tu dicha, era el de tener que separarte de su » lado... Tranquilízate. Tu amado no partirá! Acabo » de presentarme en su lugar, y yo sufriré su suerte. » Nada pierdo, porque nada tengo en el mundo Sé fe- » liz en sus brazos, y si algun dia sabes que he pere- » cido peleando, derrama una lágrima de compasion y » ternura en memoria del desgraciado. — Felipe. »

MAR. Ha marchado en tu lugar?

MAN. Mis armas! mis armas! Dónde están.

MAR. Felipe!! (*Redoble de atencion.*)

MAN. (*Fuera de si.* Corro á salvarle. (*Se vá precipitadamente por el foro, despues de abrazar á su hermana.*)

MAR. (*A la ventana.*) Pronto, pronto por Dios; que sepa al menos cuanto le amo! (*Momentos de pausa. Se oye la música marcial que se irá alejando progresivamente hasta que caiga el telon.*)

MAR. (*Desesperada al oir la marcha.*) Dios mio! Ya no es tiempo!

ESCENA XVII.

Los mismos, FELIPE.

Al concluir María de hablar cae en el sillon anonadada y en el mismo instante sale Felipe precipitadamente y se arroja á sus pies.

FEL. (*Con todo el fuego de la pasion.*) María! María! tuyo hasta la eternidad.

MAR. (*Cayendo en sus brazos.*) Ah!!!

FIN DE LA COMEDIA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del *Circulo Literario Comercial*, representadas últimamente en los teatros de esta Corte.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

La Ceniza en la frente.
Desde Toledo á Madrid.
El Bufon del Rey.
El Rey de los Primos.
El Hijo del Diablo.
Un matrimonio á la moda.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
Un voto y una venganza.
Embajador y Hechicero.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido
Caprichos de la Fortuna.
Achaques del siglo actual.
Ultimas horas de un Rey.
Juan Bravo el Comunero.
La Reina Sara.

DE UNO Y DOS ACTOS.

Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.
Juan el Perdío.
Un Contrabando.
La Casa deshabitada.
Mi media Naranja.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Clases Pasivas.
Un Angel tutelar.
Cuerpo y sombra.

ZARZUELAS.

Colegialas y Soldados.
Misterios de bastidores.
El Duende.
El Alma en pena.

3 0112 117466976

PUNTOS DE VENTA.

Por suscricion 50 por 100 de rebaja.

En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero y Pedron.	Logroño.	Ruiz.
Alcalá.	Moreno.	Lugo.	Pujol.
Alcoy.	Martí y Roig.	Málaga.	Medina.
Algeciras	Castaño y Monet.	Mataró.	Cabot.
Alicante.	Ibarra.	Murcia.	Benedicto.
Almaden.	Quiroga.	Ocaña.	Calvillo.
Almería.	Vergara y comp.	Orense.	Gomez Novoa.
Andujar.	Torre.	Oviedo.	Longoria.
Astorga.	Barrio y Gudiel.	Palencia.	Camazon.
Avila.	Aguado.	Palma.	Rullan Hermanos.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.	Pamplona. . . .	Azpilcueta.
Baeza.	Alambra.	Plasencia.	Pis.
Barcelona. . . .	Oliveres.	Pontevedra. . .	Verea Varela.
Idem.	Piferrer.	Puerto de Santa María.	Valderrama.
Bejar.	Olleros.	Reus.	Vidal.
Benavente.	Fidalgo Blanco.	Ronda.	Moreti.
Bilbao.	Delmas é Hijos.	Salamanca. . . .	Oliva.
Burgos.	Villanueva.	San Fernando. . .	Meneses.
Cáceres.	Valiente.	Santa Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Cádiz.	Moraleda.	Santander. . . .	Riesgo.
Calatayud. . . .	Larrága.	Santiago.	Sanchez y Rua.
Carmona.	Moreno.	San Sebastian. . .	Baroja.
Cartagena. . . .	Benedicto.	Segovia.	Alejandro.
Castellon.	Moles.	Sevilla.	Santigosa.
Ciudad-Real. . .	Gonzalez.	Soria.	Rioja.
Ciudad-Rodrigo .	Perez.	Talavera.	Castro.
Córdoba.	Manté.	Tarragona. . . .	Puigrubí y Canals.
Coria.	Muñoz.	Teruel.	Lopez.
Coruña	Sischká.	Toledo.	Hernandez.
Cuenca.	Mariana.	Toro.	Rodrigez Tejedor.
Ecija.	Jimenez.	Trugillo.	Hernandez.
Ferrol.	Tajonera.	Tuy.	Martinez Gonzalez
Gerona.	Oliva.	Valencia.	Mateu y Garin.
Granada.	Zamora.	Valladolid. . . .	Rodriguez.
Guadalajara. . .	Perez.	Vigo.	Sotero.
Huelva.	Portefaix.	Vitoria.	Ormilugue.
Huesca.	Viuda de Galindo.	Ubeda.	Sabater.
Jaen.	Sacrista y comp.	Zamora.	Pimentel.
Jerez de la Front.	Bueno.	Zaragoza. . . .	Polo.
Jijon.	Delgrás.		
Leon.	Redondo.		
Lérida	Sol.		

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.